

mala posición ocupada y del abandono con que se vieron los movimientos del enemigo, á la madrugada del 20 fueron batidos en todas direcciones por más de 6,000 hombres los 3,000 infantes reunidos en las lomas de Padierna; que trató él de contener la dispersión de nuestras fuerzas, lográndolo por un momento; que ordenó al general Torrejón diera una carga con su cuerpo, y este jefe, lejos de obedecerle, se puso en fuga, y siguiendo su ejemplo la caballería, atropelló á la infantería y acabó de arrollarla consumando nuestra derrota: habla con elogio de los jefes y oficiales que en medio del desorden procuraron rehacer sus fuerzas para resistir la persecución del enemigo, hasta que cayeron prisioneros: motiva en la desaparición de Valencia su parte, y acompaña relación de los jefes y oficiales prisioneros en Tlalpam, de los que se hallaban heridos en San Angel, y de los que se sabía que habían muerto. (245) En la lista de los últimos hallo al general Frontera, al capitán Rico y á los tenientes, subtenientes y alféreces Tejada, Zulueta, Con-

(245) Salas en su parte manifiesta "la total indigencia en que se encuentran los prisioneros, pues que habiendo perdido cuanto tenían y dado orden el señor general americano para que sean mantenidos por el vecindario de esta ciudad que se encuentra asolada, perecerán en la miseria si su gobierno no les imparte los auxilios á que son tan acreedores."

terras, Vergara y Quiriarte. En la de los heridos residentes en San Angel figuraban los generales González Mendoza, Blanco (D. Santiago) y García; los coroneles Ríos y Fuero; los tenientes coroneles Ramírez y Aguirre; los comandantes Arroyo, Múgica, Juárez, Soto y Fernández Cota, y algunos otros oficiales de menor grado. En la de los prisioneros que se hallaban en Tlalpam, y en cuyo número se contaba el mismo general Salas, veo los nombres del general D. Nicolás Mendoza, de los tenientes coroneles Cabrera, Zires, Reyes, Palafox y Silva; de cuatro comandantes, entre ellos Zimavilla y Tabera; de treinta y cuatro capitanes; de veintiseis tenientes; de treinta y seis subtenientes, y de otros muchos oficiales de estado mayor y del ministerio de cuenta y razón de artillería. Se hallaban, además, prisioneros en la misma Tlalpam hasta el 23 de Agosto, 1,339 individuos de la clase de tropa; pero ya formaban parte de este guarnición los prisioneros hechos por el enemigo en los combates de Churubusco.

Valencia, en su manifiesto fechado en Toluca el 22 de Agosto, dice que en la noche del 19, siendo desesperada su posición y sabiendo lo que al amanecer tenía que aguardar de los contrarios y que esperar de Santa-Anña, no le quedó más recurso, de conformidad con el juicio de sus generales, (246) que escoger, como

(246) Alguno de ellos me asegura que todos, realmente, estuvieron conformes con la resolución de Valencia, por haberlos indignado la

encarga la Ordenanza para tales lances, "lo más digno de su espíritu y honor;" "y así fué que me resolví á acabar defendiéndome, perder el campo por la fuerza, perderlo con honor, y que cargara con la responsabilidad y con la ignominia el que friamente fué espectador de los hechos heróicos de la fuerza de mi mando." Agrega que en la madrugada del 20, previendo que sería atacado por retaguardia, dirigió á tomar una altura dominante, seis columnas compuestas de los batallones 10o., 12o., Mixto, Querétaro, Zapadores y Auxiliar de Guanajuato, á las órdenes del general González Mendoza; que en los momentos en que iba á ser ocupado el picacho, rompió sus fuegos el enemigo desplegando cuatro columnas que ascenderían á 6,000 infantes. "Se trabó—contiúa—un fuego horroroso á quemar-ropa, en que morían de una y otra parte hombres sin cuento, y al que no pudieron resistir los míos en número tan desproporcionado y sin auxilio alguno; por lo que, matando y muriendo y retirándose, se fueron replegando hasta el centro de mi campo, mas, á la vez, rompió el fuego el enemigo en todo el rededor, al que ya no fué posible resistir, y sí salvar todo lo que se pudiera de estos preciosos defensores de la patria, rom-

orden de Santa—Anna de clavar la artillería; si bien es indudable que la división del Norte, que no podía ya esperar auxilio alguno, se debió retirar con todo y artillería, cumpliendo así en su parte esencial la orden del general en jefe.

piendo la línea enemiga por los mismos puntos de Ansaldo y San Gerónimo; lo que ejecutó el batallón de Aguascalientes, y por donde, después de casi la mayor parte del ejército, me retiré á la retaguardia de él con mi escolta, de que perdí la mitad, y con el 7o. regimiento de caballería y los generales Salas, Torrejón, Blanco y Jáuregui, habiendo sido éste herido de la cabeza á tiempo que atravesábamos entre los fuegos de los puntos dichos. Ó ignoro la suerte que corrieron los señores, Salas y Blanco, pues, aunque acompañado de los otros dos generales formamos la caballería á ochenta varas del enemigo para proteger á los dispersos, yo no ví salir á los citados señores ni á otros muchos valientes que con sable en mano querían contener en mi compañía, por llenar su deber, á los que ya no era dable el exigirlo." Agrega que estuyo allí tres cuartos de hora; que la mayor parte de sus tropas salvadas quedaban unidas á las del general Santa—Anna; que éstas, salidas de San Angel hasta las siete de la mañana á presenciar la derrota, se retiraban, y el enemigo avanzaba ya. En tal momento, pensó el expresado Valencia ir con el resto de sus fuerzas al lado del general presidente; pero "temiendo ser por él insultado y no poderse contener," se dirigió á Cuajimalpa, donde reunió dispersos y se le unieron el batallón Auxiliar de Guanajuato y el regimiento de San Luis, retirados por la espalda de Padierna con el general Romero. El primero de estos cuerpos regresó á México, y el segundo siguió hasta To-

luca con Valencia, quien desde allí dirigió al ministerio de la Guerra una breve comunicación el 21, avisando su retirada á dicha ciudad y su resolución de reorganizar y aumentar fuerzas, y de manifestar, "cuando se oyera el eco de la justicia," los motivos que tuvo para no venir á la capital. El ministerio le contestó que se presentara al comandante de Guadalupe Hidalgo para que se le formara causa y fuese vista en consejo de guerra.

Santa-Anna en su "Detall de las operaciones" se expresa así respecto de la pérdida de Padierna: "Inquieto yo por el cuidado que, naturalmente, me ocasionaba la temeridad del general Valencia, cuando hasta los elementos ros eran contrarios, al rayar la aurora dispuse que la infantería abrigada en San Angel emprendiera su marcha. Lo mismo verificó la brigada del general Rangel, que hice venir de la Ciudadela con intención de abrirme paso á toda costa hasta el campo de Padierna. Caminaba á la cabeza de dichas brigadas, cuando oí un corto tiroteo de fusil por mi vanguardia: se apresuró el paso, y se me presentaron á la vista grupos de nuestra caballería que venía en retirada y de quienes recibí la fatal nueva que estaba temiendo. Cuando no me cupo duda de la derrota del general Valencia, emprendí la contramarcha con la más amarga pena."

Hemos visto que, si bien se salvaron algunos cuerpos de la división del Norte, ésta, como tal, quedó desorganizada y deshecha con la pérdida de sus jefes y oficiales, de toda su artillería y de una gran parte de su fuerza

efectiva. Me es imposible fijar la pérdida del enemigo, porque en todos los partes de sus jefes, con excepción del coronel Riley, se hace mención en junto de las bajas habidas en los combates de Padierna y de Churubusco, sin señalar las correspondientes á cada función de armas; pero, como dije en alguna de mis notas, el guarismo de 60 muertos y heridos consignado oficialmente por Scott, es absurdo, supuesto que la brigada Riley tuvo más por sí sola; y la baja total de los norteamericanos en muertos, heridos y dispersos la tarde del 19 y la madrugada del 20 de Agosto, no ha debido bajar de 300 hombres. No es ménos absurdo el aserto del mismo Scott, apoyado en los partes de sus brigadieres, de que sus propias fuerzas en dichos combates no excedían de 4,500 hombres, y de que ascendían á 19 ó 20,000 las nuestras. Si nos hemos de concretar á las que se batieron, es decir, á la división del Norte por nuestra parte, no pasaron de 4,000 los mexicanos, y es probable que se aproximaran á 6,000 los invasores cuando hemos visto que dos divisiones suyas de infantería y la mitad de otra funcionaron en las operaciones. Si ha de abrazar el cálculo las fuerzas de observación ó reserva, tendremos que las de Santa-Anna situadas en las lomas del Toro la tarde del 19 constarían de 4,000 hombres entre la brigada Pérez, los artilleros y dos cuerpos de caballería; (247) mientras

(247) La brigada Pérez tendría 3,300 plazas, y á lo sumo llegarían á 700 hombres los dos cuerpos de caballería y los artilleros.

la brigada de caballería de Harney, única reserva de Scott esa misma tarde, no excedería de 600 hombres. En la mañana del 20 estaba ya en San Angel la brigada de Rangel engrosando las fuerzas de Santa-Anna; pero de parte de Scott, si bien se había retirado la brigada de caballería de Harney, avanzaban de Tlalpan hacia Padierna nada menos que otras dos brigadas de infantería, es decir, la restante de la división Quitman y una de las dos brigadas de la división del general Worth. En la primera fórmula del cálculo resulta superior en número de cerca de 2,000 hombres el enemigo; y si en la segunda es cierto que hubo superioridad numérica á favor nuestro, desde luego se ve cuánto distó de la proporción de 19,000 á 4,500 fijada por Scott. (248) Confór-

(248) Mucha parte de la culpa del abultamiento de nuestras fuerzas tuvieron los mismos jefes mexicanos por su ligereza y exageración al hablar de ellas. Valencia en su manifiesto daba un efectivo de 4,800 hombres (*) á la división del Norte, que según Salas, tenía 3,000 infantes y la caballería; según los "Apuntes para la Historia de la Guerra" constaba de 3,700 hombres, y según estados oficiales no pasaba de 4,000. Por su parte, Santa-Anna, hablaba de los 6,000 hombres que tenía en las lomas del Toro y que no podían exceder de 4,000, como se ha dicho.

(*) ¿Y por qué hemos de creer más á Salas que á Valencia y Santa-Anna, que eran sus jefes, y en mayor número? No hay que dar

mense los invasores con haber derrotado á iguales suyos, y no pretendan aparecer vencedores de gigantes.

Cuantos datos y noticias verosímiles logré allegar acerca de la primera función de armas en el Valle de México en esta guerra, quedan á la vista del lector, quien podrá con tales documentos juzgar por sí mismo de sucesos y actores. Yo creo que el plan defensivo de Santa-Anna era bueno, y que su ejecución habría salvado á la capital; pero creo también que el auxilio eficaz—posible y debido á mi juicio—de Santa-Anna á Valencia en los campos de Padierna, habría impedido nuestra derrota, determinado un triunfo, y dado muy diverso y favorable curso á la campaña. ¿Hasta qué punto las malas pasiones que suelen dominar á los grandes como á nosotros los pequeños, se mezclaron en los cálculos y determinaciones de esos dos jefes que en las primeras horas de una mañana nublada y triste como el porvenir de México, marchaban en direcciones opuestas, ceñido el rostro y ardiendo el pecho en indignación y odio mútuo, al ver cada cual deshechos por su enemigo sus propios sueños de victoria? ¿Creyó realmente Valencia que de la defensa del punto por él fortificado dependía la salvación de la plaza? ¿Juzgó sinceramente Santa-Anna que no podía ayu-

crédito á los jefes militares que atribuyen sus derrotas á inferioridad numérica cuando antes de la acción confiesan el número de las tropas que mandan.—(N. del E.)

gadas ó incomunicadas con el cuartel general y enteramente al arbitrio de sus jefes respectivos, quienes se vieron en la necesidad de obrar como mejor les pareció: que el mando de ellas, correspondiente á Cadwalader por su grado ó antigüedad, fué indebidamente asumido y ejercido por Smith: que las tropas dejadas en la barranca ó sus inmediaciones, frente á la loma de Padierna, se creyeron abandonadas y en las primeras horas de la noche evacuaron la posición, reocupada despues en virtud de nuevas órdenes procedentes del cuartel general: por último, que faltó plan y concierto en el conjunto y los pormenores de esta función de armas, y que el triunfo se debió á los errores y vacilaciones de nuestros generales, y á los esfuerzos y el criterio individual de los subordinados de Scott cada cual en su línea.

En la relación de Ripley es muy interesante la parte relativa á la retirada de las baterías de Callender y Magruder de su primera posición frente á Padierna, con dirección á Tlalpan en la noche del 19. Habiéndose ocultado la luna y no siendo posible usar de linternas que habrían señalado blanco á los disparos de nuestros cañones de Padierna, la artillería enemiga se retiró por el malpais en la más profunda oscuridad, llevando en camillas á sus heridos, perdiendo soldados y animales de tiro que tropezaban y se lastimaban en las rocas, y hallando, al fin, inutilizadas algunas piezas. El expresado historiador dice que el daño sufrido por tales baterías en su retirada fué mucho mayor que el que habían recibido de nuestros fuegos.

darle sin exponer la suerte de sus tropas de reserva, y que, supuesta la fatal necesidad de la destrucción del cuerpo de ejército del Norte, su deber como general en jefe consistía, ante todo, en salvar los demás elementos defensivos de la ciudad? ¿Qué parte de responsabilidad cupo á cada uno, dado que los dos la tuvieron, en tan horrible y sangrienta catástrofe que comprometía, acaso para siempre, los destinos de la patria? Sábelo Dios, en cuya presencia han comparecido ya sucesivamente uno y otro.

Al hablar de los sucesos de Padierna, Ripley señala algunas irregularidades en el mando y las operaciones del ejército enemigo.

Hace notar que Scott, hasta la mañana del 19 de Agosto, carecía de la menor idea exacta ó aproximada siquiera, de la posición de Valencia: que su intento al mandar que se reconociera y ensanchara el sendero de Peña Pobre hacia San Angel, no fué otro que el de proporcionarse hacia la capital diferente vía de la recta de Tlalpan á México, completamente dominada por nuestras fortificaciones de la hacienda de San Antonio: que, habiendo sido conferido á Pillow el mando en jefe de las tropas enviadas sobre Padierna, Twiggs empezó á obrar con parte de ellas de propia cuenta, sin sujeción á las disposiciones generales de Pillow: que las columnas que avanzaron hasta San Gerónimo, quedaron de hecho segre-

Agregaré que, según todas las versiones del enemigo, el rancho de Padierna, recobrado por tropas de Valencia en las primeras horas de la noche del 19, no fué conservado por ellas, sino reocupado por las fuerzas norte-americanas dejadas frente á la posición del mismo Valencia.

De los militares nuestros muertos en Padierna, los estados oficiales contemporáneos hicieron mención del general D. José Frontera; del comandante de infantería D. Juan Fernández Cota; de los capitanes D. José María Fajardo, D. Cayetano Ocampo y D. José María Rico; del teniente D. Manuel Tejada, y de los subtenientes D. Juan Zulueta y D. Bernardino Medina.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



INDICE.

	págs.
INTRODUCCION.	5
I.—CAUSAS Y PRETEXTOS.—Origen de la cuestión de Texas.—Confesión de la diplomacia norte-americana.	9
II.—CURSO DIPLOMATICO.—Pormenores respecto de causas y pretextos.—Ensanche de los verdaderos límites de Texas.	14
III.—VERDADEROS FINES DE LA GUERRA.—Influencia de los Estados del Sur.—Habil conducta del ejecutivo norte-americano.—Declaración del presidente Polk.	19
IV.—AUMENTO.—Noticias más pormenorizadas del origen y el giro de la cuestión.—Negociaciones abortadas.—Declaración de guerra.	25
V.—SINOPSIS DE LA CAMPAÑA.—Preparativos, curso general y resultado de la guerra.—Reflexiones.	41
VI.—PALO-ALTO Y RESACA.—Batalla de Palo-Alto.—Derrota nuestra en Resaca de Guerrero.—Pérdida de Matamoros.	63
VII.—MONTERREY.—Retirada de nuestro ejército del Norte.—Defensa y pérdida de Monterrey.—La capitulación.—Versión del enemigo.	98